

En los refugios de Londres

Desde el mes de septiembre está asediado Londres uno de los períodos más duros que haya sufrido ninguna ciudad de la guerra en muchos siglos de historia.

Siete millones de acres británicos están siendo bombardeados y explotando sus últimos lunes del año... En seguida empiezan a sonar los 20.000 sirenas, que anuncian, con un estruendo de foso de mina, la llegada de los bombarderos cargados de explosivos. Los ataques son bien escasos: de cinco a diez veces treintañas por 117 de posibilidades. Este espantoso balance de los cuatro últimos meses es como para que los ciudadanos de Londres no puedan abrigar grandes esperanzas para los meses venideros.

Y sin embargo, la enorme ciudad permanece viviendo. Al salir cada mañana los que han pasado la noche en el anfiteatro de bombas a contemplar un espectáculo impresionante: aquí se ve una casa derribada hasta las cimientos; más allá los escombros de otra cierran la calle; la humareda de los incendios flota sobre la ciudad.

Al principio de la guerra las autoridades decidieron que en ningún caso podría el anfiteatro servir de refugio.

Creado en el mes de septiembre se intensificaron los ataques en masa sobre Londres, se hizo ya prácticamente imposible prohibir al público el acceso al clubes.

El anfiteatro es el viejo anfiteatro de Londres, el primer anfiteatro de Europa. La profundidad media de sus tinajas es de 15 a 20 metros. La más profunda es la Hampstead Line: 15 metros en la estación de Hampstead, y 20 metros en la de Leicester Square. La tía es cerrada en un túnel muy estrecho, y de ahí la denominación de clubes que se da a todo lo rededor.

En los edificios subterráneos del club es donde se han improvisado los refugios más eficientes de Londres.

Se ha replanteado convenientemente el uso de tales refugios. Los andenes y los pasillos están siendo servir de dormitorio a partir de los cuatro de la tarde. Pospone de la comida de la noche, la afluencia empieza a ser impresionante, y se hace necesario tomar medidas para alejar el máximo de personas en el menor espacio.

Todos los refugios se han organizado convenientemente, y casi todos están ya provistos de camillas y de instalaciones sanitarias. El aire es raro a 20 metros bajo tierra. Muchas veces al día hay que impregnarse de productos desinfectantes. Las dificultades de airción no permiten dar calidez a los refugios del club, que son abrumados constantemente por corrientes de aire.

Para descongestionar los grandes refugios, y sobre todo los del club, el Gobierno ha organizado una amplia campaña de publicidad, en la Prensa, en la radio y en el cine, para explicar al público cómo pueden mejorarse las condiciones higiénicas y hasta introducir un cierto confort en los refugios individuales.

A pesar de todo, son los refugios colectivos los que el público prefiere. Se calcula que son más de tres milenias las personas que pasan la noche en los techos de los grandes teatros y en las graderías del club.

El Gobierno proporciona lechos de madera, pero rítmico son los industriales de guerra los que tienen que fabricarlos, al entregar se hace con un rítmico bostezamiento.

En cierto momento la noche y antes de que suena las sirenas cada londinense se traslada en el lugar que, por derecho de costumbre, le corresponde ya en el refugio. Unos lejos, otros juegan a los dados, los mujeres hacen trabajo de punto. Algunas refugiadas pasan un poco, y en otros se organizan veladas para pasar las horas de insomnio. A veces hay una bomba en las cercanías. El jefe del refugio sale a informarse y a tratar de talles. Sin embargo, en los refugios se habla lo menos posible de la guerra. En cada uno existe un reglamento, según el cual hay que pagar fuertes multas como estos provocar una persona las palabras aguavas o abanderadas.

Es notorio que en estos agitaciones, donde la vida no es muy conocida, las relaciones no son siempre muy cordiales. Por eso el ministro de la Seguridad Pública, senior Morrison, exhortaba hace poco a los londinenses a tener paciencia.

«En la situación actual —les decía— no hay más remedio que someterse al encierro». — H.

Relatio de Reinaldo Isabel

Que el retrato es la réplica de la literatura de un país nos lo comprueba empíricamente Lluvia Santa Marta, entretejiendo con adiciones y proverbiencias castellanas y complementando con sal de Faccioza y sustancia de parapsicología la más perfecta evocación histórica, porque parece redactada por un contemporáneo de los Reyes Católicos. Cuando se reconstruían a mano alzada, para los hogares de la burguesía española, los muebles de esa moda dominante estilo Renacimiento, brevaren sinceramente una poesía y una coreografía de reconstrucción medieval o imperial, tan delicables y falsas, tan torpe apóstolico, como las mesas de nogal con horquillas y los sillones frájiles. Era también la época en que Asturias estumetó los clásicos españoles y los romances de la Península y del mundo, con una monserga, un fraile y un soldado que guerreaba en Europa. La prosa de Asturias era sencilla y entrañable, balbucía con astillita la expresión de España así aprendida en los libros románticos de los viajeros franceses de 1830: Dumas, Mariano, Teófilo Gautier. Aquella visión del siglo XIX, turística y gachacha, nos la transmítia Asturias con fama de purista y de catador del verbo hispano.

Lluvia Santa Marta, que es un constante viejo de Larrea —puerto municipal de los Reyes de la Casa de Austria—, presenta cuento sobre de Doña Isabel y su tiempo, que es muchísimo, con un primer y una segunda actuación, y minuciosa, con un deleite en el perfil y en su entorno, cuya sombrajana rica crónica puede ser la de una fachada babilónica, plateresca, donde la piedra no ha perdido precisión ni volutas. Cada uno de los breves capítulos del relato de Reina Isabel son trabajos de orfebrería arquitectónica, equilibrándose entre si bajo una atmósfera fragancia de grasejo, exaltación y brillo. (Gloriosas ediciones valiosas de Amberes y de Salamanca, de Méjico y de Alcalá, ha recomendado releer Santa Marta para prestar un dato, un rumor o una muestra a su temperamento y a su pluma de poetas y de poeta, ya que sólo las vocaciones para la poesía y la política ecclésicas pueden servirnos en esta adivinanza católica del presidente.)

Lo que ofrece el profesor Huilaguera en su «Íntimo de la Etad Medieval», lo ha comprendido nuestra Lluvia Santa Marta ante el panorama de la España feudal que se iba y de la España renaciente de las flechas yugadas. La Etad Medieval era estío, pero no se acordó el invierno, sino la primavera. Petrarca de España en el Mundo, después de la Reconquista de Granada, habría sido el resumen de todo nuestro esplendor espiritual. Insurgido de un estío benedicto. Aunque las primeras jornadas de la Reina en Medina fueron melanconicamente crípticas. La Reina Isabel dicta su testamento en octubre y ha de morir en un noviembre gris, en ese castillo de la Mota, donde se ha quedado para siempre el suspirito de la Reina. Frente al castillo de la Mota, de Medina, hay un monumento con su guarda permanente de muertos sobre él, alegoría.

JUAN APARICIO.

HA FRACASADO CHARLOT

Hongo, Janco y zapatos —Charlot pinta universal, hazmerse de los pueblos de todo el Mundo— comienza a comprender que el Mundo tiene bastante con ronse de él, sin admisión alguna que es incapaz de explicar. Tipo artístico en todas sus manifestaciones —"Charlot guarda" es la caricatura de la autoridad del mismo modo que "Charlot soldado" es la caricatura de la guerra— responde perfectamente a la doble psicología de su creador logra un gran éxito mientras hace "Tiempo moderno" contra el régimen capitalista, crea un "trans" de profecía del que es fundador, director y actor al mismo tiempo que "democráticamente" envía sus auxilios a los rojos españoles. El judío empieza a arrojar la máscara grotesca y mostrarse tal cual es.

El Ulises Ida filímico —utilizado para lanzar alguna nueva estrella— de este dictadurismo del mundo del ocio, ha sido emplearse en la propaganda entre los Estados totalitarios. Así ha surgido la película "El Dictador" en la que quiere agradecer a los pueblos. En verdad, es mucho más. Charlot podía ver cuando se chocaban en la cara gigantescas pasteladas de marrasque, cuando se tragaba un pito y el hipo convocaba a todos los perros del barrio; Charlot comunista, detenido por error al orden una bandera roja, no tiene gracia; convertido en caricatura de quienes cambian la faz del Mundo para mostrar a sus pueblos un régimen de vida más justa, resulta de una piedad insoportable.

Digante los países—impulsando por los mismos Estados Unidos y continuando en varios pueblos de Hispanoamérica, todos ellos del más estricto régimen democrático— en los que la proyección de "El Dictador" ha sido prohibida porque con dicha película se ofendía innecesariamente y se burlaba más insoportablemente todavía.

Charlot ha fracasado. Podríamos decir que ha terminado su vida cinematográfica. Desde que Mickey Mouse nació en las pantallas, el público lo compró y acabó por encontrársele cierta curiosidad, pero con más doce de gracia a festejar al simpático rey.

Después Laurel y Hardy lo han berrido en el terreno. Son los eternos tristes del marruecos aplastado y del bálsamo marruecos los que hasta hoy a millones de espectadores. Charlot pertenece ya a otra generación y por más que se tire el pelo con un esfuerzo de coquetería digno de mejor suerte, por más que intente hacer películas de "taxis" —(presentar hasta a los espectadores de películas cómicas)— no pasa de ser un sombra roja que se mueve en el parque.

Sus contemporáneos —venerables maestros— Mary Pickford, Norma Talmadge, Douglas Fairbanks, Tom Mix, han sido borraditos por el olvido, por los años o por la muerte; él lo ha sido por algo más grande en la vida de un artista: por el fracaso. Charlot vagabundo, pista, atroz, anarquista de guardias, asturiano, judío errante, no tiene cabida dentro de la mentalidad sana y joven de las nuevas generaciones. Hongo, Janco y zapatos, marcha —como en el fin de sus películas— de espaldas al tiempo recto y de cara a la certidumbre de un próximo olvido.

R. ABAD GARNIL